

## **El neófito y el monstruo (I)\***

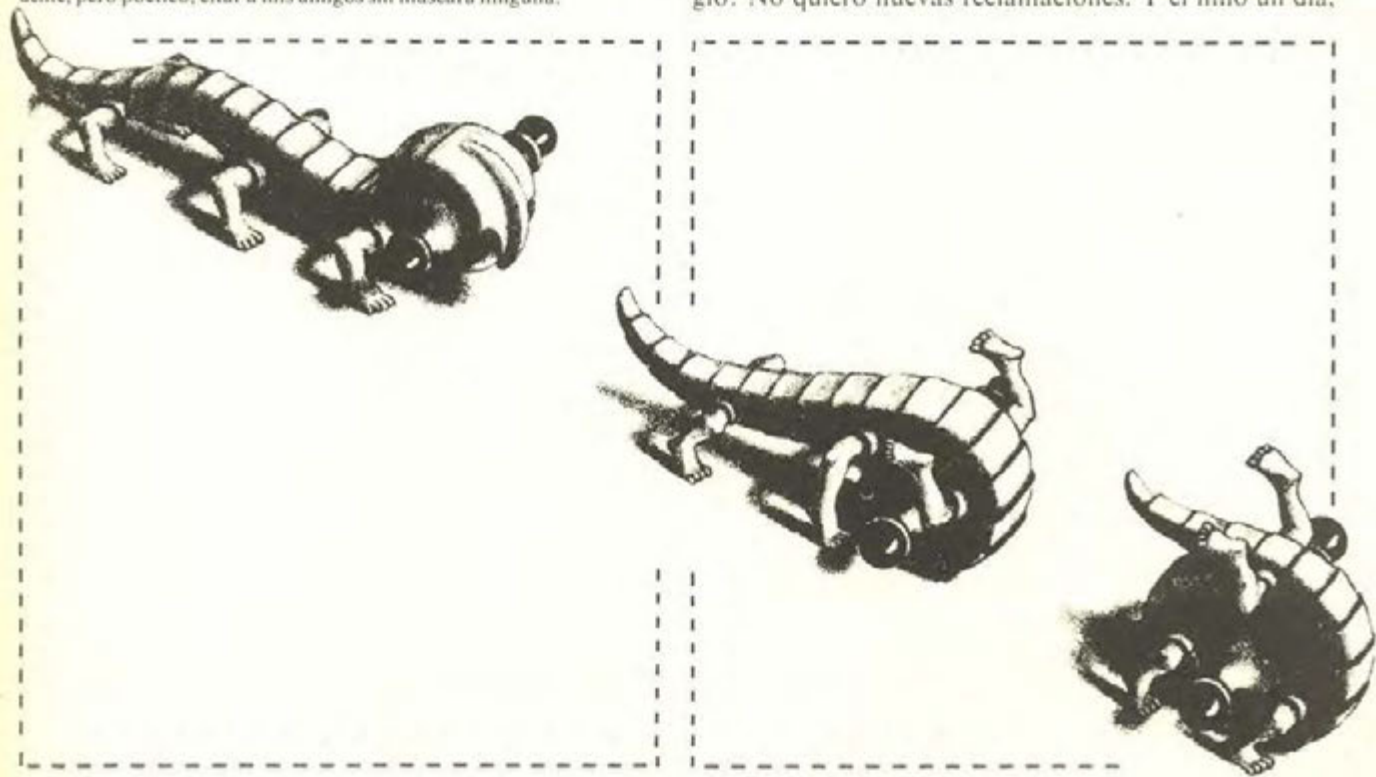
**Y**a estoy bien, los pulmones limpiísimos. Bastan tres días con estas inhalaciones para que, si dejo de fumar, el enfisema no progrese aunque —¡c'est ignoble!— la salud, Sergio, es un estado transitorio que a nada bueno conduce. ¿Me quieres acercar la escupidera?”

A punto de dejar el *Hospital Inglés*, con un pijama a rombos de colores (entre Brighela y Arlequín), Tita me señaló varias redomas: una verde, con visos morados, una blanca (de la que se desprendía un vapor denso, alquímico, supuestamente benefactor) y otra más, bella como un topacio. Reminiscencias de viejas industrias, las bombillas hervían, explotando en burbujas mientras Tita, remedo inconsciente de una ásana yoga, se sentó con las piernas dobladas en el signo del infinito.

Desesperante lo del tabaco, a fin de cuentas: “no lo sabes por mucho que presumas haberlo dejado así, a raja tabla”, pues fumar, en su caso, era —dijo el médico antes

de salir; minutos antes— una forma de drogadicción, algo muy, muy serio. Vio el reloj y sonrió. No sabía por qué servían una comida tan insípida en los hospitales, con lo caro que cuestan: una zanahoria, un nabo; pollo hervido, frío, por más señas (una semana después, ya en su casa, me dijo que fumar, con los pulmones ya purificados, era uno de los más refinados placeres de la vida); un pollo con esa costra muerta, un pellejo erizado y amarillento, con estrías púrpura en las coyunturas. Lo apartó con disgusto y volvió a sonreír: “Me recuerda a Sansón”, dijo de una manera trascendente, “no sé si te he contado aquello”. ¿Me había dicho que a su padre, al nacer ella, se le había ocurrido que tenía que ser niño? Pues varón fue hasta que su madre, harta de tales excentricidades, puso un hasta aquí y a los trece años le dejaron crecer el pelo, una melena rubia, nada fea, lacia, con destellos luminosos; pero mientras, hijo, no hagas esto, siéntate a mi lado, para que no molestes a tu madre. El tenedor no se sostiene así, eso es; no se pasa de una mano a otra: ¡son horribles las costumbres criollas! Hijo, vamos por la tarde a ver a tu tía: te prometo, de paso, unos lindos zapatos de charol... Hijo, ¿ya llevaste el papel de estrasa al colegio? No quiero nuevas reclamaciones. Y el niño un día,

\* Este texto es parte de un anecdótico que refiere, también, memorias, epístolas, relatos de viajes; encuentros con gente significativamente capaz de hacerse —como diría Lezama Lima— *imagen*. Me parece imprudente, pero poético, citar a mis amigos sin máscara ninguna.





sin saber por qué, decidió poner un huevo y como lugares apropiados no los había, se acurrucó detrás de la puerta, solito, para ver si salía. "¡Ah, cuánta tortura! ¿Tú crees que desde aquel momento se me agotó mi dosis de paciencia? Mi padre, al principio, no me hizo el menor caso. Mi madre, en cambio, puso el grito en el cielo pues su marido, con tanto chiqueo, con tanto consentimiento, me arruinaba." Cómo era posible estar horas y horas allí, en una actitud tan estúpida, intentando ser una gallina.

En vano fue decirle que no, que ella no quería serlo; que simplemente se trataba de poner un huevo por lo que mi padre, defendiéndome siempre, dijo que no todos los ovíparos (¡vaya extraña palabra!) eran gallináceas (otra más) y que ya se me pasaría, pobrecito, acariciándome al pasar por la puerta, ¿no te cansas, hijo? Procura no arruarte los pantalones, ya ves que son de terciopelo. ¡Cómo odiaba a mi madre por interponerse, en cambio, a mis designios!

Las piernas dormidas, como ahora, dijo; y deshizo la ásana para recostarse en el diván del cuarto No. 312. "No me explico qué tiene uno en el cerebro desde la infancia hasta la vejez, c'est ignoble, una masa confusa, horripilante." Al esperar por el huevo se iba de lado somnolienta; no quería comer para no dejar aquel nido que había fabricado con el ejemplo, en la casa de campo en Cuautla, de lo que hacían las aves de corral. Había sacado trapos y más trapos, calientitos; también ramas pequeñas que su padre le llevaba a escondidas hasta que una vez, al despertar, allí —¡oh milagro!— estaba rosáceo, perfecto, como una gigantesca perla; una verdadera preciosidad. Pero aquello, ideado no sé por quién de los dos para obligarme a abandonar el nido, resultó inoperante porque ¿quién que pone un huevo no desea emponillarlo? Su madre levantó los brazos hasta el techo, desesperada porque era fatal tener una criatura así, tan distinta de su hermana, sin el menor problema, tan inteligente, además. Pero, por más ruegos que se le hicieron no cambió de opinión. Cuentos de hadas, juguetes de peluche, un trencito de cuerda, un hermoso mecano, un navío para armar, todo inútil. Terca (o terco, "ya te he dicho que mi padre me había armado un lío") se sostuvo en sus trece, contando las horas, investigando aquellos veintiún días en que el cascarón iba a empezar a reventar. Tita suspiró. Su padre —no hubo más remedio— consintió.

Ya no recordaba el tiempo transcurrido pero, al cabo de una larga espera, igual procedimiento, o técnica o industria —como tú dirías— la hizo ser madre, o padre, de un pollito al que, no sé si vale la pena confesarlo, adoró. Y ahora sí de aquí para allá, por la cocina, por el patio, por su recámara —la sala no, ay de mí, te echo de la casa aunque tu padre se muera de rabia— la alacena, las dos terrazas: todo quedó invadido. Una caja de cartón con agujeros le sirvió de primera morada. Y creció, creció espléndido, esponjoso, con ojos viciados, siempre de perfil, cínicos, también, por un cremoso parpadeo cuando descuidaba su vigilancia excepcional, amoroso con ella porque le acariciaba plumas y plumones, viendo crecer la cresta, rasposa, gruesa, una carnosidad que más tarde, vencida por su peso, tapó las centellas izquierdas mientras Sansón inventaba ra-

ras formas del piar, "como llamándome primero, para protegerse; después (¿con quién me confundiría?) como llamándome para ofrecermelo, con el pico, de comer, raspando las alfombras, pues descubría, a qué dudarlo, apetitosos trigos invisibles y ¡qué horror, llévatelo de aquí, al instante, si no lo mato...!"

"¿Ves que tos, la mía? ¿Tú crees que desaparezca en tan poco tiempo? Nada saben los médicos, pero me han dicho que el mal está en uno solo de los pulmones, para mí fortuna. Pero volviendo al gallo, ¡si yo la hubiera visto! Los niños son una de las peores cosas que ha hecho la creación; deformes, grotescos y sabios o imbéciles, pero nunca intermedios. Sansón era blanco, con una gran cola enarcada, vanidosa; era para contemplarse aquel trato viril, contundente, que la seguía a todas partes, cagárrutas por un lado y por otro, verdes, blancuzcas, amarillentas, que ella limpiaba con tal de que no se lo fueran a quitar. Y de noche, había que ver, no, ni se te ocurra acostarte con él, imagínate, las sábanas limpias, a dónde vamos a parar. De noche dormía en el baño, sobre un palo, hasta que llegaron los primeros cantos, desafinados, que ella, Tita misma, oía con la alegría de quien maravillada contempla la creación. Pero cómo podemos soportar a un animal así, ya viste, correteó a Delfina, furioso, y me lo dijo, el gallo o yo, señora, me voy, mire lo que me hizo.

Todo fue por demás. Aquí no pasa nada, como en Bernarda Alba: "ni mi padre ni yo nos dábamos por enterados", de modo que Sansón, ya adulto, salía debajo de la cama; se paraba en medio de las habitaciones, aleteando para cortejarme, espulgándose, cacaraqueando, arroces y maíces desparramados mientras el niño, fascinado, lo amaba más y más hasta que un día, ¡tras!, cayó el ánfora aquella de Lalique, hecha pedazos porque voló a la mesa de la sala y la tiró y algo también a mí se me quebró por dentro pues mi adoración —¿podrás entenderlo?— se fue convirtiendo, insensiblemente, en algo que más tarde supe que era rencor. ¿A qué? ¿A quién? Seguramente al sometimiento, a la sujeción, a las cadenas del amor. No hacía las tareas de la escuela sin él a su lado, atado con el cordelito azul, bien flojo para que no lo lastimara. ¡Cuánta queja de Madame Charbonelle! No veía a sus amigos porque o se reían de la pareja o se llevaban alguna pluma de recuerdo. No iba a la *matinée* porque la entrada les estaba prohibida. Por eso un día, aliada de Delfina, lo estranguló. Cloqueó un poco, es verdad. "pero nuestro odio, sumado, acumulado, era muy fuerte, de modo que hubo pataleos, estertores, una pierna al aire, acalabrada; después, hay que decirlo, la cresta, enrojecida, aún con cierta dignidad, fue perdiendo el color". Qué deprimentes eran los hospitales. Tita sonrió de nuevo e intentó la ásana inicial. "Una amiga de Renza, ya sabes, está en coma, dos cuartos más allá, todo porque le pusieron una transfusión con el tipo de sangre equivocado. En fin, aquello fue una delicia de plato pues mi madre, lo sabes, es una especialista para hacer *Coq au vin*, como todos los Casasús. ¿No quieres tocar el timbre para que la enfermera, o quien sea, recoja la charola?"

Septiembre de 1978, "Los empeños", San Angel, D. F.